

# El Duque de Liria a su paso por Polonia

Mario RODRÍGUEZ POLO

Instituto Estatal de Relaciones Internacionales de Moscú  
a.marpaez@gmail.com

Recibido: noviembre de 2007

Aceptado: enero de 2008

## Resumen

El presente trabajo recoge las impresiones del Duque de Liria y Jérica a su paso por Polonia a comienzos del siglo XVIII. En él se analiza la imagen de Polonia a través de los textos incluidos en la obra *Diario del Viaje a Moscovia*. Hasta ahora, esta obra ha sido estudiada como pieza clave de las relaciones hispano-rusas. Este trabajo pretende centrarse en las partes de la obra que abordan la descripción de la situación crítica que vive Polonia en esta primera mitad del siglo XVIII, vista a través de los ojos de un personaje histórico que no es ajeno a la importancia del momento.

**Palabras Clave:** Duque de Liria y Jérica, Polonia, Rusia.

## Abstract

*The Duke of Berwick on his Way through Poland*

This essay sets forth the impressions of the Duke of Berwick on his way through Poland in the beginning of the 18th century. We analyze the image of Poland through texts from the book *Diario del Viaje a Moscovia*, which is considered to be the key to the study of Spanish-Russian relations. The intention of the present work is to focus on the fragments dealing with the critical situation that Poland was undergoing in the first half of the 18th century, seen through the eyes of a historical figure who is fully conscious of the importance of the moment.

**Key Words:** Duke of Berwick, Poland, Russia.

Las memorias del Duque de Liria han sido editadas en varias ocasiones en francés, español y ruso. Para este trabajo he escogido la edición de 1889, realizada por el Marqués de la Fuensanta del Valle dentro de una colección titulada *Documentos inéditos para la historia de España*. Los fragmentos que se incluyen en este estudio han sido extraídos de esta edición, manteniendo su forma original salvo la ortografía, que ha sido adaptada a la del español moderno.

La obra *Diario del Viaje a Moscovia* contiene el diario de la embajada que le fue encomendada al Duque de Liria y Jérica en la Corte de Moscovia, como ministro plenipotenciario del rey Felipe V. El diario comprende desde el 10 de

marzo de 1727, fecha en que partió el Duque de Madrid, hasta el 30 de noviembre de 1730, día en que salió de Moscú. Estas son las fechas entre las que el propio Duque de Liria encuadró sus escritos, aunque en realidad, su relato comienza el día en que fue nombrado ministro plenipotenciario para tal embajada, el día 11 de diciembre de 1726, y se prolonga en el *Apéndice* con una serie de aclaraciones, descripciones, órdenes, documentos, listados y cartas (algunas de ellas ya incluidas en el *Diario del Viaje a Moscovia*) que llegan hasta el 27 de mayo de 1738, pocos días antes de su muerte, y acaba con la traducción de la carta que se publicó en los periódicos de Londres el 28 de junio de 1738, en memoria del Duque de Liria, ya fallecido, ensalzando su persona.

Como señala el propio James Francis Stuart-FitzJames-Stuart, segundo Duque de Liria y Jérica (Xérica), segundo Duque de Berwick e ilustre antepasado de los actuales miembros de la casa de Alba, él mismo recoge en la documentación de su embajada en Rusia sus impresiones y andanzas con el único fin de entretener e instruir a sus hijos. Como han señalado distintos autores, la obra cae en muchas ocasiones en una enumeración de los méritos del propio autor, más característica de las memorias justificativas que del libro de viajes o diario. Sin embargo, no podemos ignorar que la obra es también una recopilación compleja de documentos que incluye las aventuras e impresiones de un libro de viajes, las intrigas políticas en las que se ve envuelto el protagonista como parte del diario de un diplomático y la riqueza de un gran número de cartas dirigidas a sus responsables en España, ministros y miembros de las cortes extranjeras. Pero el Duque de Liria no sólo recoge en sus escritos el panorama político europeo del momento y los quehaceres de un diplomático en la corte rusa, esta obra también refleja las agudas impresiones del enviado a su paso por una nación lejana, como lo era Polonia en aquel entonces, recoge descripciones tanto de los miembros de la alta nobleza de este país, de sus ciudades, su gobierno y las relaciones de éste con las demás cortes europeas, además de valiosas notas sobre el pueblo llano.

La primera mención a Polonia en el Diario se recoge el 14 de septiembre de 1727 con la llegada del Duque de Liria a Dresde, donde se detiene unos días en su viaje hacia la lejana Moscovia. Se describe en estas líneas el gobierno del rey de Polonia como elector de Sajonia, haciéndose especial mención de la figura del Conde de Flemming. El día doce de septiembre el autor deja Praga dirigiéndose a Dresde. Muestra del mal estado de los caminos y la dificultad de los viajes en esta época son las treinta y seis horas que emplea el Duque de Liria en cubrir esta distancia que no supera los ciento cincuenta kilómetros. Tras este duro viaje, el diplomático español presenta a su majestad de Polonia una carta del rey español, que se incluye a continuación junto a las notas que recogió el Duque de Liria sobre estos días en su *Diario*. De estas notas destacan las tensas relaciones con el Conde de Flemming, que se muestra receloso de las intenciones de la embajada española respecto al asunto de la religión; no parecen ser éstas otras que el mantenimiento de las buenas relaciones con Polonia y la reanudación de una correspondencia entre los monarcas. Los días que transcurren en esta corte nos dejan en el *Diario* una

descripción del carácter del rey Augusto II<sup>1</sup> de Polonia (August II Mocny en polaco) y de las personas más cercanas a la corte. Parece que el Duque de Liria entabló en este primer encuentro una cierta amistad con el monarca que iría desarrollándose posteriormente. En las notas siguientes se incluye la traducción del discurso que el Duque de Liria realizó al rey de Polonia en su primera audiencia. Este discurso causó gran impresión en el monarca polaco que decidió invitar al Duque de Liria a pasar unos días con él en su casa de campo, como prueba de su amistad; también entabló amistad con el Príncipe Real<sup>2</sup> que sería el futuro rey de Polonia. A pesar de la muerte de la reina Cristina Eberhardina de Brandeburgo, unos días antes de la llegada del Duque de Liria a la corte, su visita fue alegre, rica en acontecimientos sociales, cacerías, banquetes hasta el amanecer y bastante bebida. Estas son las notas sobre el paso por Dresde:

Salí de esta gran ciudad (*Praga*) el día 12 (*de septiembre*) a las once de la noche, y caminando sin parar, llegué a Dresde, capital del Electorado de Sajonia, el día 14 a las once de la mañana, y aunque no son más que diez y siete leguas, hice mucho en llegar en treinta y seis horas, por los pésimos caminos que encontré, y porque se me volvieron a romper los coches; de forma, que para llegar a Dresde, me fue preciso despachar una posta allí al marqués de Fleury para que me enviase un coche. Me hospedó el Conde de Lagnasco, capitán de guardias del rey de Polonia y ministro de Estado. Luego que llegué, participé mi arribo al feldmariscal conde de Flemming, y le envié copia de la carta que el rey, mi amo, escribía al suyo, suplicándole al mismo tiempo pidiese en mi nombre audiencia de S. M. Di cuenta al mismo tiempo de mi arribo a todos los demás ministros de S. M. polonesa.

El día siguiente 15 vino Flemming a mi casa, y después de haberme dicho que el rey celebraba mi llegada y que volvería de Maurisbourg a fines de la semana, únicamente para darme audiencia, me empezó a sondear sobre el asunto de mi comisión en su corte. Lo que más le daba zozobra era que se había puesto en la cabeza que yo venía encargado de parte del emperador y del rey, mi amo, de hablar al rey de Polonia de las cosas de religión, con que me atacó fuertemente sobre este asunto. Le dejé hablar por largo tiempo, y por fin le dije que la única comisión que traía era la que su excelencia ya había visto, y que el rey mi amo me había encargado únicamente de asegurar a S. M. polonesa de su sincera amistad y del deseo que tenía de restablecer y entretejer una correspondencia que había tantos años que se había interrumpido, y de ponderarle la particular estimación que hacía de él; que por lo que tocaba a cosas de religión, podía asegurar a su excelencia que el rey, mi amo, no se metería en ellas en ninguna manera, como ni tampoco en la sucesión de la corona de Polonia (punto que también me tocó Flemming); que era verdad que el rey se alegraría que S. M. polonesa accediese al tratado de Viena; pero que esto lo decía sin orden, aunque tenía pleno poder (como su excelencia podía ver por la carta que llevaba), de hablar a S. M. de cualquiera cosa en nombre del rey, mi amo, pero no para tratar, pero que no tenía otras órdenes que las que ya había referido a su excelencia. Estaba tan preocupado de que yo había de hablar de las cosas de religión, que no quedó aún persuadido de mi sinceridad, y me volvió a tocar la misma especie cuatro o cinco veces diferentes, así en Dresde como después en Berlín. Me aseguré que había hecho cuanto había podido para procurar la accesión de su amo al tratado de Viena; pero que en Viena las cosas se habían enredado entre el conde de Zinzendorf y el marqués de Fleury, ministro de Polonia. Yo le repliqué que aun estaba a tiempo de enmendar las cosas, y me dijo que me ofrecía hacerlo posible: con esto se acabó nuestra larga conversación.

<sup>1</sup> Augusto II de Polonia o Augusto II el Fuerte. También conocido como *Frederick Augustus I*, (Dresde, 12 de mayo de 1670 – Varsovia, 1 de febrero de 1733), Elector de Sajonia (1694-1733) y Rey de Polonia (1697) y otra vez 1709-1733.

<sup>2</sup> Augusto III de Polonia (Dresde, 7 de octubre 1696 – Dresde, 5 de octubre 1763). Elector de Sajonia (con el nombre de Federico Augusto II) y Rey de Polonia (1733-1763). Hijo de Augusto II y de Cristina Eberhardina de Brandeburgo.

El día 17 volvió el rey a Dresde al anochecer, y el día 18 por la mañana vino el conde de Frise, camarero mayor de S. M. a decirme que el día siguiente me daría S. M. audiencia. En efecto, fui a palacio a las once, y estaba en la antecámara toda la corte; me recibió a la puerta de ella el dicho conde de Frise, y habiendo avisado a S. M. que estaba allí, me mandó entrar. Después de haber hecho al rey tres reverencias, le hice en francés el discurso siguiente:

« Señor:

El rey, mi amo, cuando me nombró su embajador a la corte de Rusia, me ha mandado expresamente pasase por la de V. M., para asegurarle en su nombre y con las más fuertes expresiones, del aprecio infinito que hace de la amistad de V. M. y del ardiente deseo que tiene de entretener con V. M. la más estrecha unión.

Esta carta que el rey, mi amo, escribe a V. M., y que tengo la honra de presentarle, no puede explicar bastantemente todo lo que S. M. siente por V. M.

Por lo que toca a mí, me felicito aún delante de V. M. misma de la dicha que tengo de ser el primer ministro del rey, mi amo, que logra la honra de presentarse delante de V. M., y me atrevo a asegurarle que merezco toda esta honra que hoy recibo, por la ansia con la cual lo he deseado y por la veneración respetuosa que profeso a V. M., cuya generosidad y magnanimidad y infinitas otras virtudes heroicas que publica la fama tanto tiempo ha, forman en la sagrada persona de V. M. el raro conjunto de tantas incomparables prendas que hacen honor a la realeza.»

La carta que presenté a S. M. polonesa era en idioma latino, del tenor siguiente:

«Don Felipe, por la gracia de Dios, etc., al serenísimo príncipe y señor augusto rey de Polonia, gran Duque de Lituania, Rusia, Masovia, Samogitia y Livonia, archimariscal del Sacro Romano Imperio y príncipe elector, nuestro carísimo pariente y hermano, salud y todo bien.

Serenísimo príncipe y señor hermano y pariente nuestro carísimo: teniendo ya de antemano vivos deseos de oportuna ocasión con que expresar a V. M. nuestra veneración y respeto, juntamente asegurar el candor de nuestra verdadera amistad, por lo cual esperamos conciliarnos con V. M. una recíproca correspondencia y mutua comunicación de nuestros buenos oficios, y queriendo la fortuna que el duque de Liria deba transitar por la corte de V. M. para pasar a la de San Petersburgo, a la cual lo destiné a ejercer el empleo de mi embajador a la serenísima zarina de Moscovia, me valgo con gusto de esta ocasión para poder dar a V. M. el más constante testimonio de nuestro amor, y con especial cuidado he mandado al dicho Duque de Liria comparecer públicamente en vuestra real corte, y presentarse a V. M., entregando esta nuestra carta, y que valiéndose de esta oportunidad, confirme y verbalmente asegure cuanto en ella significamos, como también nuestros deseos de complacer a V. M., de cuya afabilidad nos prometemos que le recibirá benignamente y juntamente le dará crédito en cuanto participare a V. M. de palabra, y que seguramente juzgará que cuanto diga será a fin de hacer más claramente constar a V. M. nuestra entereza y sincero animo, totalmente dispuesto a establecer y continuar una mutua, firmísima y amigable concordia y estrecha correspondencia. Dios guarde a V. M. diuturnos años. De este Real Sitio del Pardo, a 8 de febrero del año de 1727.- De V. M. buen hermano, Felipe.- Don Juan Bautista Orendain.»

Decía el sobrescrito: -Al serenísimo príncipe y señor Augusto rey de Polonia, gran Duque de Lituania, Rusia, Mazovia, Samogitia y Livonia, archimariscal y elector del Sacro Romano Imperio: nuestro hermano y pariente carísimo.

Me recibió S. M. con el mayor agrado y me hizo mil expresiones de estima y veneración por el rey, nuestro señor, encargándome las significase a S. M. mientras respondía a su carta. Díjome después que se iba a Pílnitz, casa de campo que dista de Dresde dos leguas, y que esperaba que yo iría a pasar allí un par de días con él, añadiendo que me avisaría cuando había de ir. No me pude negar a tan atenta proposición, y repliqué a S. M. que le obedecería ciegamente, aunque mi Corte me daba gran prisa de llegar a mi destino.

El día 21 tuve audiencia del Príncipe Real, el cual estaba también en una casa de campo, y vino a posta a Dresde para recibirme; recibíome con gran benignidad, haciéndome las mismas expresiones que me había hecho el Rey, su padre.

El mismo día vino el conde de Manteuffel, ministro del rey de Polonia, a tomarme de orden de S. M. para llevarme a Pílnitz; fue también toda mi comitiva, y llegamos allí para comer. Me hizo el rey mil expresiones, y comí con S. M. y lo mismo sucedió todo el tiempo que estuve allá.

Después de comer tenía el rey prevenido un gran concierto de música, y después de ella una comedia francesa.

Se me ha olvidado decir que la reina, su esposa, había muerto pocos días antes que yo llegase a Dresde, por lo cual se habían suspendido todas las fiestas y divertimientos, y éstos se hicieron únicamente para festejarme a mí.

El día 26, por la tarde, me hizo S. M. llevar a caza de perdices y faisanes y encontramos una monstruosa cantidad de ellos.

El día 27 fui por la mañana a caza de venados, y por la tarde hubo comedia. El 28 hubo otra vez comedia, y después de ella, cenamos en un salón, en el cual había cuatro mesas chicas, y se echaron suertes para saber los que habían de comer en ellas. Después de cenar hubo baile, que yo empecé con la hija natural, valida del rey, que se llama la condesa de Orzelska, y bailamos hasta las cinco de la mañana.

Todo el tiempo que duro el baile no se hizo otra cosa que beber, de forma que estábamos todos alegres, pues daba S. M. el ejemplo, y a la una de la noche hubo segunda cena.

Después del baile fui a caza de venados inmediatamente, y habiendo muerto cinco, me volví a casa a oír misa, porque era día de San Miguel. A la tarde hubo otra vez comedia, y baile a la noche. También se volvió a beber lo muy bastante este día, con que la alegría duró dos días. Había en Pilnitz, con el Rey, muy buena compañía, pues de damas estaban las condesas Orzelska, Bielinska, Frise y Cosel, todas cuatro hijas naturales del rey; la princesa de Tessin, la condesa Manteuffel, la condesa Pochi, mujer del gran general de Lituania, la princesa Lubomirska y la baronesa Lose. De hombres había el príncipe de Sajonia Weissenfels, primo del Rey; el príncipe Luis de Wistemberg; el conde Tobieusky, camarero mayor de Polonia, el de Frise, camarero mayor de Sajonia, el príncipe Lubomirschi, el conde de Manteuffel y el marqués de Fleuri, ministros de Estado; el vicescanciller de Polonia y el referendario de la corona; el barón Lose, mariscal de corte; el conde Rotofski, hijo natural del rey; el conde Bielinski; el conde Braniski; el abad de Linoy, embajador de Francia, y su sobrino Mr. Finet, enviado de Inglaterra y otros muchos caballeros de la primera distinción.

La mesa del rey era de veinticuatro cubiertos, y había una segunda, de la cual hacía los honores el barón Lose, y comían en ella los de mi comitiva.

Mención especial tienen los párrafos siguientes, en los que el Duque de Liria describe el carácter del conde de Flemming y la verdadera situación política de la corte, abordando por primera vez el tema de la sucesión de Polonia. Como muestran las agudas palabras del autor del *Diario*, el conde de Flemming no se muestra conforme con dirigir en la práctica los principales negocios de la corte de Sajonia, lo que le hace ganarse la antipatía del propio rey y del resto de ministros, y pretende conquistar también el trono de la decadente Polonia. El autor describe sin ningún tipo de piedad a este personaje, demostrando su relación con los grandes mandatarios y también con el pueblo polaco. Con el conde de Flemming, el Duque de Liria inicia un pequeño estudio sobre los principales ministros de la corte y analiza el carácter y personalidad del rey y su hijo. Se trata sin duda de un valioso testimonio que no deja de ser muy ameno e interesante. Describe al rey como un buen hombre de trato afable pero de gran debilidad por la bebida y por las mujeres. No parece llamarle la atención la fortaleza del monarca, lo que es extraño, ya que al parecer era un rasgo tan característico que propició su apodo “Augusto II el Fuerte”. El tema de las mujeres sí parece más acertado, algunos autores creen que el número de hijos bastardos del monarca asciende a unos 365. Destaca la poca dedicación del monarca a sus negocios y su tendencia a descansar sobre sus ministros. El carácter de su hijo parece ser muy distinto, el Duque de Liria lo

describe como un hombre serio, frío y celosamente católico hasta el punto de llegar a sacrificarse por su religión.

El día 30 me hizo llevar el rey por el conde de Wackerpan, general de sus estados y gobernador de Dresde, a otra casa de campo de S. M., llamada Zeplitz, a donde se me dio un espléndido banquete, y habiendo cazado antes y después de comer, me volví a la noche a Dresde. Creo que no será fuera de propósito suspender un instante aquí el diario para dar una ligera idea de la corte de Dresde y del ministerio del rey de Polonia como elector de Sajonia.

La ciudad de Dresde es una de las más lindas de Alemania, pero muy chica. Está dividida en dos por el río Elba, y la parte que está del lado del Norte se llama el viejo Dresde. El palacio del elector de Sajonia es muy bueno, y todas las casas de la ciudad son muy bien fabricadas. Las fortificaciones son buenas y hay siempre una guarnición considerable, y en el arsenal hay todo cuanto puede servir a la guerra en grande abundancia.

El gobierno de Sajonia es como el de la mayor parte de las cortes bien gobernadas. Hay un gabinete (que allí se llama, como en Viena, conferencia) que se compone de cinco ministros y dos secretarios.

Los cinco ministros de Estado son el feldmariscal conde de Flemming; el conde de Wackerpan, general de la infantería y de la artillería y gobernador de Dresde. El conde de Lagnasco, capitán de los caballeros guardias y general de caballería, el conde de Manteuffel, ministro de negocios extranjeros, y el marqués de Fleuri, consejero de Estado. A este gabinete se llevan todos los negocios; pero en realidad quien todo lo manda es el conde de Flemming. Es verdad que así el rey como el príncipe real le aborrecen; pero su grande facilidad en el despacho y su maña le hacen necesario, y no se resuelve el rey a sacudir su yugo. Daré su carácter con gran verdad. El feldmariscal, es hombre chico de cuerpo y gordo; tiene la cara hermosa y se acerca de los sesenta años; ha hecho y hace gran ruido en el mundo; pero no es el gran hombre que se cree: en la guerra no ha hecho nunca grande hazaña, y en lo político pocas negociaciones de entidad, aunque está siempre negociando. Quisiera meterse en todas las cosas de Europa; pero no pudiéndolo, se desespera, y quiere hacer hasta la más mínima cosa de su corte, diciendo al mismo tiempo que ya está cansado y que no quiere meterse en nada. Profesa la religión luterana; pero si conviniera a su interés hacerse católico o turco, tomará cualquiera de estas dos religiones: su ambición es desmesurada, y no le llevan a menos sus altos pensamientos que a hacerse Rey de Polonia, si vive más que el reinante; por esto se ha casado con una princesa de Radziwil, una de las principales casas de Polonia; pero le aborrecen todos los polacos, y nunca lo logrará, aunque ha amontonado inmensas porciones de dinero para este fin. Tiene el conde tan buena opinión de su persona, que se cree perfecto en todo; en la guerra, en la negociación, en galanteos, en música, en montar a caballo, en fin, en todas las artes; pero las posee todas con grande mediocridad. Es verdad que tiene gran maña y destreza, y por allí se sostiene y hace sus negocios. No es vasallo del elector de Sajonia, pues es de Pomerania, y consecuentemente, vasallo del rey de Prusia. Es con este Monarca que entabla más negociaciones, y va muy a menudo a su corte debajo del pretexto de algún negocio importante; pero en realidad es más para que el mundo hable de él, y al mismo tiempo para disponer poco a poco al rey de Prusia para sus ideas futuras. Es caballero de la orden del Águila Blanca de Polonia, del Elefante de Dinamarca, de San Andrés de Moscovia, y de Malta de la lengua luterana, y es uno de los vasallos de Alemania más ricos. Partió con su mujer para Berlín el mismo día que yo fui a Pilnitz para una negociación que no necesitaba de tanto ministro como él, pues no se había de tratar de otra cosa que de límites, comercio de sal y otras semejantes frioleras.

Murió después en Viena el día 30 de abril de 1728, quince días después de haber llegado allí para tratar con aquel ministerio de alguna nueva idea suya.

El conde de Wackerpan es un viejo muy hablador, presumido de gran general, sin entender palabra del arte militar, aunque hay cuarenta años que sirve; muy inclinado al vino, de religión luterano, hechura ciega del conde de Flemming, y sin circunstancia ninguna que lo haga, a mi parecer, recomendable.

El conde de Manteuffel es la mayor bestia que he visto en mi vida, hechura también de Flemming; pero siempre que le convenga, le sacrificará. Todos le miran en Dresde como el más vil pícaro que haya

en el mundo. El rey no le puede ver; sin embargo le sufre por su natural benignidad, y porque le sostiene el feldmariscal, de quien es paisano, y ha sido su secretario.

El conde de Lagnasco es piamontés, y consecuentemente católico: es general de caballería y valido del rey de treinta años a esta parte: es hombre honrado que piensa bien y sanamente, e incapaz de hacer una mala acción; pero es flojo y de poca aplicación: siempre ha sido enemigo declarado de Flemming y ha estado diferentes veces a pique de perderle.

El marqués de Fleury es también piamontés, y después de haber servido con acierto al Duque de Saboya, su amo, en diferentes embajadas, vino al servicio del rey de Polonia, porque este monarca lo solicitó con ansia. Es celosísimo de la religión católica, y piensa únicamente en el mayor acierto de los negocios y en la mayor gloria del amo que sirve; pero su religión y su celo hacen que Flemming no le puede ver; y hallándose con su buen modo de pensar casi siempre de diferente parecer que Flemming, éste echa a rodar casi siempre las ideas que Fleury encamina para disminuir el sobrado poder del primer ministro y sacar al rey de su esclavitud.

Este es el carácter de los cinco sujetos que componen el gabinete, y además de este consejo hay otro de estado y diferentes tribunales de justicia, hacienda, etc., que tienen cada uno su incumbencia, y de los cuales no hablaré, por no ser prolijo. Ya que he hablado del ministerio, es preciso que hable del rey y del príncipe real y electoral, su hijo.

El rey es un príncipe de mediana estatura y ha sido el hombre más fuerte de Europa; tiene los ojos muy vivos, pero su cara no es hermosa, aunque muy noble. No es posible ser tan cortesano y tan atento como lo es: nadie se puede quejar de haber salido disgustado de su audiencia: tiene mucho entendimiento y una grande perspicacia: es diestro en todos los ejercicios y posee todas las artes: nadie entiende mejor que él los intereses de los príncipes y el sistema de Europa; es generoso y liberal y su liberalidad llega a exceso; pero con todo esto, aunque ha gastado y gasta monstruosas cantidades de dinero, no esta nada empeñado su erario. En medio de tantas prendas, tiene algunos defectos invencibles; aunque es muy laborioso, aborrece la aplicación a los negocios, y esto le hace descansar sobre sus ministros. El amor que ha tenido al sexo femenino es notorio a todo el mundo, pues tiene una infinidad de hijos naturales; ha amado un poco demasiado al vino y ha hecho infinitos excesos, así con Baco como con Venus. Ya se ha reformado algo en lo primero, y sus años (que son 57) le van moderando en lo segundo. Sin embargo, es, en una palabra, el monarca más amable de Europa y que lleva tras sí los corazones de todos los que le conocen.

El príncipe real, su hijo, es muy diferente en un todo; es alto y hermoso, pero muy gordo; es católico celoso y se sacrificaría por la religión: ama a su padre con ternura, pero vive retirado por no darle celos: tiene entendimiento y mucha comprensión: aborrece al vino: no conoce otra mujer que la suya: es liberal, generoso, atento y cortesano; pero serio, frío y reservado. Bien quisieran los bien intencionados, como el marqués de Fleury, tenerle siempre unido con el rey, y hacer de forma que uno de los dos asistiese al gabinete; pero siendo esto contra el interés del feldmariscal, procura este ministro, con su maña, embarazar esta buena idea, y por sus emisarios siembra continuamente la cizaña entre padre y hijo, y aunque no basta esto para hacerlos reñir, sobra para que el príncipe viva retirado. El gran celo del príncipe para la religión católica hace temer a todos los sajones y al feldmariscal que, una vez muerto el rey, su padre, no querrá emplear más a los luteranos, y obligarlos con esto a mudar poco a poco de religión; y muchos son de opinión (y no me aparto de creerlo) que Flemming está tramando debajo de mano una revolución para cuando llegue el caso, a favor de la línea de Saxegotha, que es la inmediata, y muy celosa de la religión luterana, y que este es uno de los motivos que le hacen ir tan a menudo a Berlín para inducir al rey de Prusia, con pretexto de religión, a sostener esta idea; pero no hay duda que si sucediera este caso, el emperador sostendría al príncipe legítimo con todas sus fuerzas, y que le ayudarían los electores católicos, con cuyo socorro no podrían hacer nada los protestantes.

Tras dar testimonio del carácter de los principales hombres de la corte, el Duque de Liria aprovecha su estancia para enviar informes a España sobre las tropas y fuerzas con que cuenta este reino, dejando esta lista exhaustiva de los distintos destacamentos. Describe unas tropas de unos 17.620 hombres que pueden llegar a alcanzar los 40.000 en caso de guerra. La compañía de cadetes se componía de

altos nobles. Llama la atención el cuidado aprendizaje al que se someten los cadetes, que cuentan con maestros para tan distintas artes como montar a caballo, dibujar, aprender lenguas, filosofía, geografía.

El rey de Polonia, como elector de Sajonia, tiene 17.620 hombres de tropas arregladas y hermosísimas, en la forma siguiente:

Cuatro regimientos de corazas de a 600, hacen .....	2.400
Cinco regimientos de dragones de a 600, hacen .....	3.000
Diez regimientos de infantería de a 1.000, hacen .....	10.000
Un regimiento de artillería, que hace .....	1.200
La compañía de caballeros guardias .....	120
Los guardias de corps .....	800
La compañía de cadetes .....	100
	<u>17.620</u>

Y puede en caso de guerra poner hasta 40.000 hombres en campaña.

La compañía de caballeros guardias es una tropa hermosísima y de gran distinción. Todos los guardias tienen grado de capitán, y los oficiales inferiores, de coronel y teniente coronel, y los superiores, de general de batalla y de teniente general. El conde de Lagnasco es capitán de esta compañía.

El comandante de todas las guardias de corps es el príncipe de Sajonia Weissenfelds, primo del rey; y es una tropa admirable.

La compañía de cadetes se compone toda de gente de la primera nobleza, pues para entrar en ella quiere el rey que se hagan las mismas pruebas que para ser caballeros de Malta. Tienen los cadetes su cuartel aparte y maestros para todas las artes, para montar a caballo, saltar, dibujar, escribir, aprender las lenguas, la fortificación, la filosofía, la moral, la arquitectura, la geografía, en fin, todo lo que conviene que sepa un hombre noble. Es capitán de esta compañía el conde de Wackerpan.

Unos días después el Duque de Liria recibe la respuesta del monarca polaco a la carta entregada previamente por órdenes del monarca español, a continuación se incluye la carta traducida y su original en latín. Por supuesto se trata de una respuesta positiva en el mismo tono de amistad que la enviada. Destaca también la descripción de una cena en una llamada mesa redonda, que llama la atención al diplomático español por lo curioso del proceso. Creo que el texto habla por sí mismo:

Es tiempo ya de volver a mi diario, pues lo que he dicho de la corte y del ministerio de Dresde es cuanto he podido alcanzar en el corto tiempo que he pasado allí.

El día 1º de octubre me tuvo el rey un divertimento militar. Se hicieron saltar tres minas de nueva invención para ver los efectos de ellas; y después de vista esta experiencia, formo la guarnición de Dresde dos ejércitos, y se dieron batalla con gran primor y un fuego terrible de artillería y de mosquetería.

Este mismo día, por la tarde, tuve audiencia de la princesa real, la que desde su parto no la había dado a nadie hasta este día en que se celebraban los años del emperador, su tío.

El día 2 hicieron los guardias de corps y la caballería la misma función que la infantería había hecho el día antecedente, dándose batalla con gran primor y destreza, pero sin artillería.

A la noche cené con el rey en la mesa que llaman redonda, que es muy curiosa. Es de doce cubiertos, y éramos seis hombres, comprendido el rey, y seis mujeres; no asiste ningún criado y todas las puertas están cerradas. Para servir, baja la mesa abajo hasta la misma cocina y viene otra en su lugar; cuando se quiere pedir algo, se escribe en un librito, el cual se pone en un torno, y tirando una cuerda, baja abajo el torno, y vuelve instantáneamente con lo que se ha pedido. No he visto en mi vida cosa más bien imaginada ni más primorosa y al mismo tiempo más pronta.

El día 3 me entregó el conde de Manteuffel la respuesta del rey de Polonia a la carta del Rey, para que yo la enviara, y era del tenor siguiente, en idioma latino.

«Augusto segundo, por la gracia de Dios, rey de Polonia, etc., al serenísimo príncipe y señor Felipe, rey de España, etc., nuestro buen hermano y pariente, salud y todo bien.

Serenísimo príncipe, señor hermano y pariente nuestro carísimo. La vuestra muy apreciable carta, dirigida a Nos en data de 8 de febrero de este año, nos fue entregada por el Duque de Liria, quien llegó estos días pasados a esta nuestra real residencia y a quien con singular gusto recibimos; aunque jamás dudamos de la amistad y benevolencia de V. M. así a nuestra persona, no obstante las claras demostraciones que de ella nos dio V. M., así por dicha carta, como verbalmente por dicho Duque, nos fueron tanto más gustosas y agradables, cuanto era tiempo ha nuestro deseo de asegurar también a Vuestra Majestad nuestro conato y el sincero y particular respeto con que a V. M. estrechamente amamos; por lo que también tornamos esta oportunidad para declararlo así a V. M., a quien deseamos persuadir que nada anhelaremos más vivamente que la apreciable amistad de V. M., y solicitarla con todo nuestro cuidado y diligencia, como y evidenciar a V. M. nuestro cándido y verdadero afecto, más que con las voces con las obras. Esto es lo que más por extenso explicamos e hicimos comprender al Duque de Liria, al cual, cuando haga saber V. M. estas nuestras ideas, esperamos que se le dé el mismo crédito que se pretendió de Nos y que le dimos. Interin rogamos a Dios por toda felicidad y durable salud de V. M. De Dresde el día 25 de septiembre de 1727. De V. M. buen hermano, Augusto, rey.- Manteuffel.»

El día 5 me dio el rey audiencia de despedida, honrándome infinito en ella.

De este modo se despide el Duque de Liria de la corte de Dresde, dirigiéndose a Berlín, donde pasa unos días que nos dejan una rica descripción del gobierno de Prusia. Poco tarda el *Diario* en referirse de nuevo a Polonia, pues la siguiente parada de este largo viaje es la bella ciudad de Gdansk, que causa una gran impresión en el autor. La descripción de esta ciudad es larga y rica en detalles, destaca la descripción de su belleza, la limpieza de sus gentes, la riqueza del abundante comercio y la libertad de religiones. El autor destaca la buena fortificación y calidad de las construcciones de la ciudad. Analiza con detenimiento la organización política y el sistema de dependencias con respecto al rey de Polonia. También incluye una enumeración de fuerzas y tropas, y una descripción de los impuestos y cuentas de entradas y salidas. Da cuenta de la población católica de la ciudad y de los conventos y monasterios que estos poseen. Informa de la superioridad de la religión luterana pero advirtiéndole que se toleran también la calvinista, los anabaptistas y los judíos. Aunque el Duque de Liria sólo se detiene tres días en esta ciudad, nos deja una muy rica descripción de todos sus aspectos. En este breve tiempo se encuentra con un viejo amigo, el conde Mauricio. Se trata del Duque de Curlandia, hijo natural del rey de Polonia. El conde Mauricio pide a nuestro protagonista un singular favor personal. Al parecer la corte de San Petersburgo tenía en su poder un baúl que contenía cartas amorosas tanto de Mauricio como de su padre el rey de Polonia, que podían causarles grandes problemas. El Duque de Liria se compromete a ayudar a su amigo y al llegar a San Petersburgo cumple con su palabra (Seménova, 1998). Este es el testimonio de su paso por Gdansk:

Ya he dicho que el día 21 al amanecer había partido de Berlín y corrí de día y de noche para llegar a Dantzig.

El día 22, a las dos de la mañana, entré en Pomerania, cuya frontera dista catorce leguas de Berlín, y el día 25 llegué a Dantzig, que dista de dicha corte 55 millas de Alemania.

La ciudad de Dantzig es una de las hanseáticas debajo de la protección del rey de Polonia; es una de las lindas ciudades que he visto en todos mis viajes, de grandísimo comercio y llena de riquezas: allí se encuentran todos los géneros que se pueden imaginar de todas las partes de Europa, y hay el ejercicio libre de todas religiones. Los clérigos y frailes católicos se visten como en los países católicos y tienen sus iglesias y conventos públicamente.

La ciudad está situada a la orilla del famoso río Vístula y dista una legua del mar Báltico; en los tiempos del año que el mar no está helado, abundan en este puerto todo género de navíos de todas naciones, lo que la hace también muy bien poblada. La limpieza y el asco de sus moradores es grande, y no hay día que no se laven todos los aposentos de las casas y aun las escaleras y los portales. No hay grandes edificios, pero las casas son pulidas. Las fortificaciones de la plaza son magníficas, con unos fosos muy anchos llenos de agua. Corren por medio de la ciudad diferentes brazos del Vístula y vienen los navíos mercantes en ellos, pero los de guerra se quedan en el río.

El magistrado de Dantzig tiene el gobierno civil y militar de la ciudad y de su territorio.

Este magistrado se compone de cuatro burgomaestres y de catorce consejeros. Los burgomaestres se eligen del cuerpo de los consejeros eruditos, porque hay también algunos que son negociantes, por razón del comercio, y éstos no suben al empleo de burgomaestre.

El rey de Polonia elige cada año uno del magistrado para ser su burgravio; éste tiene el primer lugar en el consejo, y juzga las causas criminales de los extranjeros y de las personas que dependen de la corte.

El segundo orden del gobierno es el de los scabinos, los cuales se componen de diez sujetos que juzgan en primera instancia las causas civiles y criminales, y de ellos se apela al magistrado y del magistrado a la corte de Polonia delante del gran canciller. De este cuerpo de los scabinos se eligen ordinariamente los consejeros para el magistrado cuando alguno muere.

El tercer orden se compone de cuatrocientas personas, entre ciudadanos, negociantes, mercaderes y artífices; éstos tienen sus quartremestres, y en ellos reside toda la autoridad del pueblo, y sin su consentimiento no se puede imponer contribuciones, ni tomar otras resoluciones importantes, y muy a menudo se oponen al magistrado en la elección de los ministros predicantes de sus iglesias, en la promoción de oficiales militares y en otras muchas cosas que no se pueden hacer sin su consentimiento.

La ciudad de Dantzig envía diputados a las dietas de la Prusia polonesa, cuando éstas se juntan para tratar de las dependencias de su provincia, y estos diputados son muy considerados, por la unión grande que las otras ciudades de Prusia tienen con la de Dantzig.

Entre los principales que componen el magistrado hay muchos patricios que descienden de los caballeros teutónicos, y son de una antiquísima nobleza, aunque ya no tienen su primitiva estimación.

La ciudad mantiene para su guarnición 1.500 infantes y 80 caballos con un comandante y los oficiales correspondientes, todos subordinados al magistrado, al presidente de guerra y al comisario general, que son siempre consejeros del Senado.

Las cuentas de las entradas y salidas deben ser vistas, reconocidas y aprobadas por el tercer orden.

El rey de Polonia tiene una parte de las imposiciones que pagan las mercaderías que entran y salen por mar, y esta renta puede montar a cuarenta mil talaros cada año, que son ocho mil doblones de España.

El obispo de Cujauia tiene jurisdicción espiritual en Dantzig; tiene allí su consistorio y juzga de todas las causas espirituales. El burgravio está obligado a dar toda asistencia a la ejecución de los decretos del consistorio.

Los católicos tienen la capilla regia, los conventos de los dominicos, de los carmelitas calzados, de los religiosos de Santa Brígida y un convento de monjas de Santa Brígida. Fuera de la ciudad están los misionarios, los jesuitas, los padres franciscos reformados y los frailes llamados buenos hermanos, con un hospital al cual hacen mucha caridad los mismos herejes, y a una legua de Dantzig está la abadía de Olivo con más de cuarenta monjes de la orden de Císter.

La religión más poderosa y numerosa es la luterana; también se toleran los calvinistas, los anabaptistas, que son infinitos, los judíos, y en fin, todas las religiones, pero solo los que profesan la luterana entran en el Gobierno.

Me detuve en Dantzig tres días para guarnecerme de buenas pieles para repararme contra el frío. Luego que llegué me envié a cumplimentar al magistrado por dos senadores que me hicieron

el regalo acostumbrado de 12 cantaros de vino. Me habló el diputado en latín, y yo le respondí en el mismo idioma. Hallé alojado en la misma casa que yo al conde Mauricio de Sajonia, hijo natural del rey de Polonia, que había sido elegido Duque de Curlandia, como diré después cuando hablaré de la comisión de Mittau. El conde había sido mi amigo muy íntimo en París, con que celebré mucho encontrarle, y no nos dejamos todo el tiempo que estuve en Dantzig. Me informé del estado de su dependencia de Curlandia muy por menor, y me pidió que me interesase por él en la corte de San Petersburgo. Se lo ofrecí, pero bien entendido que se ofreciese la ocasión favorable, y que en este caso hablaría como su amigo, pero no como ministro, respecto de no tener orden del rey, mi amo, para entrar en esta dependencia. Me pidió después encarecidamente que yo procurase sacar de manos del ministerio ruso muchos papeles amorosos de damas, que se hallaban en un baúl que le habían quitado los rusos, y que también había en el mismo baúl un diario de las galanterías de la corte del rey su padre, que si se veía, le podría perder, y que me suplicaba procurase recobrarle. Se lo ofrecí, y en llegando a San Petersburgo le serví verdaderamente como su amigo.

El día 29 partí de Dantzig a medio día, y caminé toda aquella tarde, noche y mitad del día siguiente por una lengua de tierra, de un tiro de carabina de ancha, para llegar a Pillau, fortaleza perteneciente al rey de Prusia.

Tras pasar unos días de nuevo en territorios pertenecientes a Prusia, el Duque de Liria vuelve a introducirse en territorios polacos dejando en su *Diario* la descripción de pequeños pueblos y de sus intransitables caminos. Deja constancia de la vieja tradición de la venta de ámbar polaco que se mantiene viva en nuestros días. Encuentra en esta zona, que hoy en día pertenece a Lituania y Letonia, grandes dificultades para avanzar en su viaje. Parece que las ventas que encuentra le causan gran disgusto debido a sus lamentables condiciones y a la suciedad que reinaba en estos lugares. Es curiosa la comparación de estos lugares sucios con Galicia. El mal olor y la porquería de las posadas obligan al autor a pasar más de una noche en su coche. El estado de los caminos es pésimo, y a menudo se ven cortados por las crecidas de ríos y lagos. Los siguientes párrafos ejemplifican estas impresiones:

Llegué al amanecer a un lugar llamado Polangen, que es de Polonia, en la provincia de Samogitia. Todo este lugar está habitado por judíos, y el primero que vino a hablarme fue el Rabino, de quien compré una buena porción de ámbar bruto, no habiéndolo ejecutado en Prusia, porque esta prohibido venderle, pena de la vida.

Fui a comer a otro lugar de la misma provincia llamado Leilia, que dista de Memel cinco leguas. Por la tarde no pude caminar más que dos leguas, por haber tardado muchísimo en el paso de un río que había crecido de repente. Dormí, pues, en un lugarcito del ducado de Curlandia, llamado Popesee. Este lugar es el peor que he visto en mi vida, pues es más indigno aún que los de Galicia; fue tal el mal olor y la porquería de la posada, que me vi precisado a pasar la noche en mi coche.

El día 5 caminé cinco leguas por la mañana y fui a comer a la ciudad de Liebeau, puerto de mar del ducado de Curlandia. De allí salí a la una, y habiendo caminado dos leguas, me encontré un ayudante del general Lacy, de quien me trajo una carta en que me decía que me enviaba diez dragones para servirme de escolta en la Curlandia. Poco después encontré un lugar en el cual quería el ayudante que me quedase; pero como era aún temprano, no quise sino andar una milla más; pero habiéndome sorprendido la noche, erraron mis caleseros el camino, y encontré con un lago que había crecido, y empezamos a pasarle a tiempo que llegó el ayudante con un paisano, que nos advirtió que si tirábamos adelante nos ahogáramos. Hice encender hachas, y saliendo del lago, fui a dormir a una miserable venta, a donde estuve muy mal. Partí de allí el día 6 al amanecer, y comiendo a tres leguas y media en otra venta, dormí en otra, aun peor, a otras tres leguas y media.

El día 7 encontré unos caminos intransitables por estar todos inundados de agua, por lo cual y por haber pasado un río, cuyo paso nos detuvo una hora y media, no pude caminar aquella mañana más que dos leguas y comí en una venta como las demás. Por la tarde anduve cuatro millas y fui a dormir a un lugar llamado Frauenbourg. Vino allí un dragón polaco para saber si yo dormía allí, y decirme que a dos leguas me esperaba un capitán con 50 dragones enviados por los Señores de la Comisión de Polonia que se hallaban en Mittau, con orden de acompañarme. Salí de este lugar el día 8 muy temprano, y a cosa de una legua encontré a dicho capitán con sus 50 dragones, y habiéndome hecho un cumplimento de parte de los ya citados Comisarios, me vino acompañando con su tropa. Habiendo caminado tres leguas, comí en una venta, y por la tarde caminé otras tantas y fui a dormir a Dobelen.

El Duque de Liria continúa su camino deteniéndose en Mittau<sup>3</sup>, actual ciudad de Jelgava, no lejos de Riga. Este lugar fue el centro de la antigua Curlandia. Como explica en las líneas posteriores esta provincia se encontraba bajo la protección de Polonia y en continua tensión con Rusia. El autor del *Diario* describe esta complicada relación de dependencia entre las dos potencias y da una corta pero contundente descripción de la ciudad, alabando el gran tamaño de sus calles pero criticándola por su suciedad, considerándola una de las peores ciudades que ha visto en su vida.

Destaca en estos párrafos de nuevo la incomodidad de un viaje como éste en el s. XVIII. El autor afirma no haberse desnudado en catorce días. A pesar del cansancio, el Duque de Liria deja en sus escritos una interesante redacción sobre el gobierno de este lugar.

El día 9 partí al amanecer para ir a comer a Mittau, que son cuatro leguas; a cosa de media legua de la ciudad salí a mi encuentro y a cumplimentarme de parte de los señores de la comisión el mariscal de campo Mihr, y pasando yo con él a su coche, hice mi entrada en Mittau a medio día. Vinieron instantáneamente a visitarme los cuatro principales polacos de la comisión, que eran el obispo, príncipe de Warmia; el conde de Denhof, pequeño general de Lituania; el conde Dunir, referendario de la corona, y el príncipe Radziwil, y me llevaron a comer en casa del referendario, a donde concurrió la duquesa viuda de Curlandia, hija del zar Juan, hermano mayor de Pedro I; vino también luego a visitarme el general Lacy, que estaba allí de parte de la corte de Rusia, y cené aquella noche en su casa.

Habiendo llegado a Mittau muy cansado de la continua fatiga de caminar catorce días sin desnudarme, resolví detenerme allí un par de días para descansar.

El día 10 tuve audiencia de la duquesa de Curlandia, y habiéndome honrado mucho S.A., fui a comer en casa del obispo de Warmia, que me dio un gran festín.

El día 11 me dio otro el conde de Denhof, y después un baile.

El día 12 me dio de comer magníficamente el príncipe de Radziwil, y desde su casa partí para continuar mi viaje. Pero antes de pasar adelante, no será fuera de propósito tocar ligeramente lo que es la Curlandia y lo que hacía en Mittau la comisión polaca.

La Curlandia y Semigalia son dos provincias unidas y hechas ducados hereditarios, cuya capital es Mittau, en quince... (*sic*), a favor de la casa de Ketler, la cual para sostenerse se puso ya en aquel tiempo debajo de la protección de la Polonia, prelevando de ella como feudataria. Esta casa de Ketler, una de las más antiguas de Europa, se acaba en la persona del actual duque Fernando que tiene más de setenta años, sin sucesión. Este duque está más de veintisiete años ha fuera de sus estados y vive en Dantzig por razón de algunas contiendas que tuvo con la nobleza de sus estados.

<sup>3</sup> Mittau es el nombre alemán de la ciudad, el nombre polaco es Mitawa. El nombre actual de la ciudad: Jelgava, proviene del termino lituano *jelgab*, que significa lugar bajo.

Viendo esta nobleza que el duque Fernando no podía vivir mucho por razón de su adelantada edad, resolvió juntarse en forma de cortes para pasar desde luego a la elección de un sucesor, y el día 5 de julio de 1726 eligieron *nemine contradicente* por sucesor del duque al conde Mauricio de Sajonia, hijo natural del rey Augusto de Polonia, elector de Sajonia.

El conde se halló presente a esta elección y aceptó; pero la República de Polonia se opuso luego a ella, pretendiendo que en virtud del feudo, dependían estos estados directamente del rey y de la República de Polonia siempre que llegase el caso de extinguirse la casa de Ketler.

El príncipe Ménschikov, generalísimo de las fuerzas de Rusia, vino inmediatamente después de la susodicha elección a Mittau, a donde se hallaban aún el conde de Sajonia y los diputados de la Dieta. Se valió de su poder y del nombre de la zarina difunta para persuadir a la Dieta de elegirle a él por sucesor del duque Fernando; pero no lo pudo lograr: sin embargo, tuvo algunas conferencias con el conde de Sajonia sin poder lograr de éste lo que deseaba; pero quedaron de acuerdo que aquel de los dos que quedaría duque de Curlandia pagaría al otro cien mil pesos en especie.

El conde de Sajonia volvió en el mes de mayo de 1727 a Curlandia, y se fortificó con un corto número de tropas en una isla naturalmente inexpugnable, situada en un golfo del mar Báltico a nueve leguas de Mittau, para estar más a mano de sostener su elección, que las cortes volvieron a confirmar por un acto público, estando juntas en la iglesia principal de Mittau.

El príncipe Ménschikov hizo marchar debajo del mando del general Lacy un cuerpo de tropas rusas para desalojar al conde de Sajonia. Lacy fue en persona a la isla y entro solo en ella y anunció al Conde la orden que tenía de la zarina (de cuyo nombre se valía el príncipe Ménschikov), y que su voluntad era que se retirase inmediatamente de la Curlandia. Convinieron que el conde se retiraría en el término de cuatro días; pero se retiró el mismo día que el general Lacy le hizo la insinuación.

Informado Lacy de la retirada del conde, hizo intimar a sus gentes de rendirse a él para que los hiciese escoltar hasta las fronteras de Polonia. Así se comunico; pero en lugar de esto, Lacy los hizo llevar todos prisioneros con sus efectos y los del conde a Riga, a donde estuvieron guardados algunas semanas.

Durante este tiempo la República de Polonia obligó al rey, padre del conde, de desaprobando la elección que los curlandeses habían hecho a favor de su hijo, lo que el rey hizo, aunque contra su voluntad, esperando una mejor ocasión para favorecer a su hijo, y la república nombró una comisión (cuyos jefes he citado ya) para ir a Mittau a tratar con los diputados de Curlandia e incorporar el ducado al reino de Polonia, y al mismo tiempo hizo declarar en la Dieta de Polonia al conde de Sajonia delincuente *lessae majestatis* y enemigo de la patria.

Luego que llegó una parte de esta comisión a Mittau, el príncipe Ménschikov hizo entregar a los polacos a pedimento de dicha comisión, todos los prisioneros y efectos detenidos en Riga, lo que era contrario enteramente a la capitulación hecha.

Esta comisión se acabó en diciembre de 1727; pero no habiendo podido quedar de acuerdo los diputados de Curlandia de la forma del gobierno que los polacos querían establecer después de la muerte del duque Fernando, todos los dichos diputados protestaron contra lo que se había hecho, y la comisión se separó sin que se hubiese hecho nada de positivo.

Pero antes de la separación, la corte de Rusia hizo declarar a la comisión por sus generales Lacy y Bibikov que el zar no permitiría nunca la incorporación proyectada y que quería que un príncipe tudesco fuese duque de Curlandia, según las convenciones particulares y reiteradas que los curlandeses tenían hechas con los polacos.

Esto es lo que he podido saber de la Curlandia en el poco tiempo que me detuve en Mittau, que es una de las peores ciudades que he visto en mi vida. Es muy grande y las calles son muy anchas, pero indignas, por lo puerco y mal empedrado. Las casas son muy chicas y todas de madera, que no había seis de piedra. La religión dominante es la luterana; pero hay una iglesia pública para los católicos.

Ya dije que partí de Mittau el día 12 después de comer y fui a dormir a Schulzenkrug, que esta a la mitad del camino de Riga, y es el primer lugar perteneciente a Rusia.

Así termina el paso por Polonia del Duque de Liria en este primer viaje hacia la corte de San Petersburgo. Allí sus amistades con aquel país le prestarán una gran ayuda para introducirse en la vida política rusa. Si bien las relaciones entre el diplomático y la corona polaca fueron muy buenas, pasaron por un momento crítico ese mismo año. El Duque de Liria fue acusado en una carta del conde de Seckendorff de haber intentado poner la corona polaca en manos del rey Jacobo de Inglaterra, lo que causó un gran enojo al rey polaco. Esta acusación no parece tener gran fundamento y el autor del *Diario* se apresura a responder con una carta que limpia su nombre y restablece las buenas relaciones. Esta es la carta cuyo original fue escrito en francés:

El día 18 tuve una carta del conde de Seckendorff, embajador del emperador en Berlín, en que me decía confidencialmente que había estado pocos días había en Dresde, y que el rey de Polonia estaba muy enojado conmigo, porque le habían insinuado que mi principal negociación en Rusia era de asegurar la corona de Polonia al rey Jacobo de Inglaterra después de la muerte de S. M. Sentí más de lo que puedo ponderar esta noticia; pues siendo imponderable el amor que sentía a aquel amabilísimo monarca, me desesperaba de que le hubiesen podido dar mis enemigos unas impresiones tan falsas contra mí. Con esto me resolví escribir al conde de Manteuffel, su ministro de negocios extranjeros y mi amigo. Lo ejecuté en idioma francés el día 19 en la forma siguiente:

Señor mío:

Caigo de mi alto con una noticia que acabo de saber, que me causa más sentimiento que si se me diera una puñalada en el pecho. Han dado sospechas al adorable patrón de mis negociaciones, y S. M. las ha recibido. Supuesto que yo emprendiese alguna de orden del rey, mi amo (lo que no puede suceder), que fuese contraria a las miras de nuestro incomparable patrón, me parece que merecería más las alabanzas de S. M. que otra cosa, emprendiendo de trabajar contra el monarca del mundo a quien más venero y estimo, llevado del ciego celo que debo tener al soberano a quien sirvo. Pero S. M. es incapaz de mandarme nada que sea contrario a las miras del rey, vuestro augustísimo amo, y también lo estoy de hacer o emprender nada sin ser autorizado y de mi propia cabeza. Lo que me acumulan es primeramente contrario a los empeños que seguimos; segundo, sería locura querer que España sola emprendiese un negocio que ya sabe ha de ser opuesto por el emperador, por los motivos que la penetración de V. E. me ahorrará el trabajo de referir; por Francia y Suecia, porque sostienen al padre de la reina de Francia; por Inglaterra y Rusia, que no pueden dejar de oponerse con sus tesoros y todos sus esfuerzos para impedir que la corona de Polonia recaiga a un príncipe que no puede ser nunca amigo ni de una ni de otra potencia. Esto es por lo que toca al rey, mi amo; y por lo que me toca a mí en particular, no estoy aún tan falto de juicio que emprenda de mi cabeza una negociación tan importante, sin protección, sin dinero (oráculo eficaz) y sin ninguna apariencia de acierto, y exponerme a perder disparatadamente los frutos de dieciocho años de servicio por un celo fuera de tiempo en favor de un príncipe desgraciado por quien (sin embargo) sacrificaría, si fuera necesario, mil vidas si las tuviera, siempre que no me halle revestido del carácter de un monarca a quien debo mi fortuna.

Suplico, pues, a V. E. se sirva desimpresionar al rey, su amo, de las falsas ideas que le han insinuado sobre este asunto, pudiendo asegurar a V. E., como hombre de honra (que es la mayor exageración que pueda hacer), que nunca se ha pensado en esta negociación. No ignoro que me atribuyen otras que tienen tan poco fundamento como esta; no me justificaré nunca, y si no fuera la personal veneración que profeso al rey, vuestro amo, no se me hubiera dado nada de esto; pero mi acatamiento y mi respeto para su sagrada persona me causan el mayor sentimiento, sabiendo que S. M. pueda haber dado oídos a una acusación tan falsa como poco verosímil.

Suplico a V. E. se sirva postrarme a sus reales pies y darme repetidas órdenes de su mayor agrado, etc.

Restablecidas con esta carta las buenas relaciones con Polonia, la vida en la corte sigue con normalidad. A mediados de octubre el rey de Polonia decide

otorgar al zar ruso su orden del Águila Blanca. El Duque de Liria realiza una minuciosa descripción de la ceremonia y de la respuesta del zar en forma de regalo:

El día 17 se hizo dicha función de dar la orden de Polonia al zar y se hizo en la forma siguiente:

A las doce de la mañana fue el gran maestro de ceremonias, barón de Habichstal, a tomar al conde de Wratislao y a Mr. Lefort, Enviado extraordinario de Polonia, con coche de S.M. y seis caballos. Iba delante un furrier a caballo, luego cuatro lacayos del zar a caballo; venía después el coche de S. M. y dentro de él el conde, el enviado y el gran maestro de ceremonias; a los estribos había dos heyduques del zar. Luego venía la librea del conde; después su primer coche, dentro del cual iba solo Mr. Lefort, primo del enviado, llevando en las manos una almohada de terciopelo carmesí bordada de oro, y sobre ella la cinta y cruz de la orden. Seguía a este coche el del enviado, después del cual venían otros dos coches del conde.

Con este cortejo llegaron a palacio y fueron recibidos al pié de la escalera por el mariscal de corte, en la primera antecámara por el príncipe Sergio Dolgoruki, caballero de la orden de Polonia, y a la puerta del salón de audiencia por el príncipe Juan Dolgoruki, valido y camarero mayor. Es de saber que el rey de Polonia había también enviado su orden a éste, y que el enviado de Polonia la llevaba en la faltriquera para que fuese admitido de mano del zar.

Entraron, pues, en el salón de audiencia, y habiendo hecho una oración el conde de Wratislao, presentó a S. M. Zarina las credenciales que llevaba del rey de Polonia, y luego, tomando la orden de manos del enviado, revistió de ella al zar.

Acabada esta función, se acercó Mr. Lefort, enviado de Polonia, y habiendo hecho una corta oración a S. M., diciendo que el rey, su amo, se había servido nombrar al príncipe Dolgoruki caballero de su orden, y que celebraría la recibiese de manos de S. M. zarina, presento al zar la cinta y cruz de la orden, y acercándose inmediatamente el valido, se puso de rodillas y le armó su amo caballero.

Asistieron a esta función solo los caballeros de la orden de Polonia que se hallaban en Moscú, y eran cinco, y acabadas estas dos ceremonias, comieron los dos ministros y los caballeros con el zar. Después de la comida se restituyeron a sus casas Wratislao y Lefort con el mismo cortejo con que habían ido a palacio.

De allí a algunos días regaló el zar al enviado de Polonia con 1.000 ducados de oro que le llevó el gran maestre de ceremonias, y al conde de Wratislao se le regaló con un diamante brillante del valor de 3.000 pesos.

Trataremos a continuación uno de los negocios más llamativos que llevó a cabo el Duque de Liria durante su estancia en Moscovia. Como veremos, aunque emplea su embajada en distintos asuntos, no deja de tener presente la situación que se vive en Polonia. Ya en el prólogo de la edición de 1889, el marqués de la Fuensanta del Valle destacaba la intención del diplomático español de colocar un infante español al frente de la corona polaca. Esta intención y el modo de realizarla se explican claramente en una serie de cartas dirigidas al marqués de la Paz. Ante la inminente muerte del rey polaco, debido a sus problemas de salud, distintas fuerzas comienzan a interesarse por dicha corona. El Duque de Liria considera que la corta edad del infante Felipe podría ser una ventaja, ya que le daría la oportunidad de acostumbrarse a las tradiciones polacas y tendría tiempo de ser aceptado por los mismos. Plantea esta idea como una posible solución a los intereses enfrentados de Rusia y Prusia, que difícilmente aceptarían otro monarca. Por supuesto, la empresa se presenta como muy arriesgada, pero el Duque de Liria considera que empleando los medios necesarios y contando con personas adecuadas se podría llegar a convencer a las distintas partes. Como sabemos el joven infante Felipe no llegará a ocupar la corona polaca y el Duque de Liria, a pesar de la aprobación de los monarcas españoles, no

recibirá ni los medios materiales ni la ayuda de las personas requeridas. Aunque sin éxito, el intento se llevo a cabo de la siguiente manera:

El día 18 tuve respuesta del marqués de la Paz sobre una idea que le había propuesto en 23 de mayo, y para su mejor inteligencia, pongo aquí la copia de la carta que le escribí dicho día:

Excmo. Señor:

Señor mío: mi celo al real servicio y mi constante deseo de los mayores auges de nuestra real familia, me han dictado una idea que me parece de mi obligación poner en la noticia del rey, nuestro señor, para que reflexionando S. M. sobre ella, resuelva lo que fuere de su real agrado.

Nadie ignora la mala salud que goza de algún tiempo a esta parte el rey de Polonia, quien se cree no vivirá mucho tiempo, por lo cual, ya van haciendo intrigas, el mismo rey para su hijo; el rey de Francia para su suegro Estanislao, y los polacos para que recaiga la corona en uno de ellos; y yo fuera de opinión que el rey, nuestro señor, podría por su parte solicitar aquella Corona para su hijo el señor infante D. Felipe.

Parece a primera vista que la tierna edad de S. A. es un obstáculo invencible; pero yo creo que, al contrario, será una circunstancia muy a su favor, pues siendo tan joven, podrá acostumbrarse más fácilmente al modo de vivir de los polacos y connaturalizarse de tal manera con el país, que en pocos años le miraran como si fuese nacido en Polonia.

Es cierto que Rusia y Prusia no quieren por ningún caso en el trono de Polonia ni a Estanislao ni a ningún príncipe de Alemania; al primero, porque ha sido siempre enemigo declarado de estas dos potencias y hará siempre lo que quisieren los franceses, ingleses y suecos a quienes debería la corona; al segundo, porque no los conviene sea rey de Polonia un príncipe poderoso de por sí. Por estos motivos inclinan a favorecer en la primera elección a cualquiera honrado polaco que pretenda a la corona; pero no me parece cosa imposible el lograr que se declaren a favor de nuestro infante, por los motivos que diré después.

El señor emperador se alegraría recayese la corona en el príncipe electoral de Sajonia, por ser casado con su sobrina, hija del emperador José; pero no quiere tomar empeño alguno, y viendo la imposibilidad de que sea elegido por los polacos, no hará nada en su favor.

Los polacos mismos no quieren por ningún caso al príncipe electoral: pocos quieren a Estanislao, y ninguno quiere a un príncipe que tenga estados propios en los cuales pase la mayor parte de su vida (como ha hecho este rey), sin parecer en Polonia más que en los precisos casos de juntarse la Dieta.

En el señor D. Felipe concurren, a mi parecer, todas las circunstancias necesarias para ganar a su favor al señor emperador, a las cortes de Rusia y Prusia y a los polacos.

Al señor emperador, porque habiendo cooperado a poner la corona en la cabeza de S.A., tendrá en él un aliado seguro contra cualquiera intento de los turcos, y un poderoso vecino cuya amistad le es de mucha importancia cuando tiene guerra con las demás potencias de Europa, y siendo como es tan estrecha la unión que hay entre el rey, nuestro señor, y S. M. Cesárea, no creo sería difícil lograr su asistencia.

Ya he dicho que las cortes de Moscú y Berlín no quieren en el trono de Polonia al príncipe electoral de Sajonia, ni a ningún otro príncipe poderoso de Alemania, por lo cual inclinan a un natural del país; pero las circunstancias del señor D. Felipe son tales, que no les puede causar sombra alguna, pues una vez en Polonia, no puede sacar socorro alguno de nuestra España para inquietar a sus vecinos, por la gran distancia que hay entre las dos monarquías, por lo cual será siempre interés suyo vivir quietamente y en buena correspondencia con las potencias que le rodean.

La misma razón existe a su favor para ganar a los polacos, pues siendo solamente hijo tercero del rey, nuestro señor, no tiene estados propios a donde acudir continuamente, y se mantendrá constantemente en medio de sus vasallos en la precisa ocupación del gobierno de su monarquía; además de que se alegraran tener un príncipe de la representación del señor Don Felipe, a quien puedan elegir para apartar de una parte a Estanislao, y de la otra evitar todos los enredos que causarían sin duda alguna las pretensiones de los naturales que se juzgan dignos de la corona.

Si consideradas todas estas circunstancias, entra el rey, nuestro señor, en esta idea y quiere que se trabaje sobre ella, no es menester perder tiempo, y es preciso poner manos a la obra desde

luego, pues ya no estaríamos a tiempo si aguardásemos la muerte del rey Augusto. Los medios más convenientes son remitir desde luego al ministro a quien se encargue esta negociación letras sobre Holanda de valor a lo menos de 800.000 pesos, pues los polacos no hacen nada sino a fuerza de dinero.

Es menester establecer con maña la negociación en la corte de Viena, para que si no es favorable a nuestro intento, no se oponga.

El ministro que residiere en esta corte habrá de ganarla a nuestro favor con arte, haciéndola ver las ventajas que podría lograr en esta elección, no solo con la firme amistad que tendría con ella el señor D. Felipe, pero también lisonjeándola con un tratado de comercio con nuestra monarquía, que podría serlos de grande utilidad, y dándola algunas esperanzas (pero ninguna seguridad) sobre el tratamiento de emperador que tanto desea el zar.

Sería preciso hubiese un ministro en la corte de Berlín que empeñase a nuestro favor al rey de Prusia, y creo que honrándome como me honra S. M. prusiana, no me sería imposible persuadirle a ello, aunque no respondo de nada, pues los intereses de aquel monarca pueden mudar de un instante para otro. El ministro que el rey destinare a Polonia ha de caminar con el mayor tiento y conocer de tal forma el modo de ganar los votos, que emplee el dinero de S. M. en tal manera, que recaiga en manos de personas que puedan servir eficazmente, y no de personas inútiles y que nos engañen. También ha de caminar con gran secreto, y esto se ha de observar con gran cuidado en todo el curso de esta negociación, guardándose principalmente de franceses, ingleses y suecos.

En una palabra, no me parece esta idea impracticable, como se ponga desde luego en ejecución, como no falte dinero y como se empleen gentes que sepan llevar adelante la negociación en la forma que tengo dicho. Dios guarde a V. E. I.-Moscú 23 de mayo de 1729.

Esta fue la idea que había comunicado al rey por medio del marqués de la Paz, dictada únicamente de un celo al real servicio y del mismo deseo que tenía de promover, en cuanto pendía de mi, los mayores auge de los hijos de la reina, nuestra señora.

Se reflexionó sobre esta idea en nuestra corte, y me respondió el marqués de la Paz en 4 de agosto, diciendo que habían visto y leído los reyes mi carta de 23 de mayo, y que habiéndola considerado con reflexión, me estimaban y agradecían el celo y amor con que animaba este proyecto, y hallando en él muchas justas razones que pudieran hacer natural, regular y muy acertada la elección del señor Don Felipe en Polonia, quedaban SS. MM. considerando sobre todos los medios que yo proponía para venir a ella, y en el ínterin que tomaban sus reales resoluciones, tanto en cuanto a los ministros que yo proponía para este fin, como en orden a los 800.000 pesos en Holanda, me mandaban desde luego y por todas las vías posibles y más oportunas, ir echando la especie en Polonia y demás partes que considerase por conveniente, cultivándola de modo que ella sola pudiese producir efectos favorables y principios que animasen muy vigorosamente la empresa.

Se me olvidaba decir que en otra carta que escribí en 23 de mayo había pasado a proponer los ministros que me parecían convenir para el acierto de esta negociación y habían sido: para Rusia, Don Tobías del Burgo; para Polonia, el marqués de Santa Cruz de Marcenado, y a mí mismo para Viena y Berlín.

En vista de esta carta del marqués de la Paz, quedé contento y disgustado; contento, de que se hubiese aprobado mi idea; disgustado de que no se me diesen órdenes más claras y más fáciles de ejecutar. Considerando, pues, la imposibilidad en que me hallaba de echar la especie en Polonia, respondí al marqués la carta siguiente:

Excmo. Sr.:

Señor mío: con el último ordinario recibo una carta de V. E. de 4 del pasado, en que se sirve avisarme que los reyes, nuestros señores, han aprobado la idea que había propuesto en carta de 23 de mayo para el señor infante Don Felipe, y que Sus Majestades me mandaban echar la especie en Polonia y demás partes que considerara por conveniente, en el ínterin que Sus Majestades toman sus reales resoluciones. Quedo sumamente ufano de que haya agradado a nuestros amos lo que me había dictado únicamente mi celo y amor a su real servicio, y no dejaré de hacer por mi parte cuanto sea posible para ir entablando la materia; pero entre tanto, no puedo dejar de decir algunas reflexiones que he hecho sobre ella.

Ahora está el rey de Polonia muy bueno y robusto, pero con todo esto se halla expuesto a recaer en su antigua enfermedad, porque, según todas las noticias, esta algo inficionada la masa de la sangre.

Si se aguarda su muerte para enviar un ministro a Polonia, ya no será tiempo, por lo cual soy de opinión que conviene haya desde luego un embajador en aquella corte que vaya granjeando con buen modo los naturales y ganando votos para cuando sean necesarios.

Al mismo tiempo es menester, si es posible, ganar al emperador, al zar y al rey de Prusia, como ya tengo dicho anteriormente: al embajador, con promesas de una constante amistad al zar, esperanzándole de algún tratado que sea de utilidad a su monarquía, y al rey de Prusia con dinero. Poniendo de nuestra parte a éstos, sería muy posible el lograr nuestro intento, a pesar de franceses y ingleses y suecos, que quieren a Estanislao.

Por otra parte, se podría lograr aún más fácilmente, si fuese posible, empeñar de nuestra parte al rey de Francia, el cual llevaría tras sí a los de Inglaterra y Suecia; esto parece a primera vista muy difícil, pero nada es imposible: según las noticias que tengo de Estanislao, es un príncipe flojo, que gusta del retiro, y no es muy amante de las bullas que traen tras sí las precisas tareas de un monarca. Si fuese posible persuadirle a que no pensando más en la corona de Polonia, empeñase a favor de nuestro Infante todos sus parciales, mediante una considerable pensión que el rey, nuestro señor, se empeñaría darle durante su vida, y con el conque de que en lográndose la corona de Polonia para el señor infante, se casaría S. A. con una de las nietas de Estanislao, hija del rey de Francia, y con esto vería su misma sangre en el trono que apetece, de esta manera se lograría sin duda alguna nuestra idea, pues teniendo a nuestro favor todos los parciales de Estanislao y los de Francia. Y gastándose para un mismo fin las considerables sumas que emplearían en este caso el rey, nuestro señor, y el de Francia, parece que no podríamos faltar de conseguir nuestro intento. Nadie sabe mejor que V. E. en qué términos estamos con la Francia, y si esta idea es practicable, suplico a SS. MM. se dignen pensarla, y si se puede tomar este rumbo, parece el más seguro.

Por lo que toca a echar la especie en Polonia, no halló que lo pueda hacer desde aquí; pues no es cosa que se pueda hacer por cartas, y no tengo sujeto de mi satisfacción que pueda enviar allí; pero si el rey, nuestro señor, lo juzga a propósito, tomaré mi camino por Varsovia cuando salga de aquí, y debajo de diferentes pretextos, me quedaré allí un par de semanas para tantear a los magnates e insinuar la especie; en esto, como en todo, no haré más que lo que S. M. mandare y fuere de su real agrado.-Dios guarde, etc.-Moscú, 19 de septiembre de 1729.

Esta fue la respuesta que di al marqués de la Paz, en consecuencia de su carta de 4 de agosto, y dejo por ahora esta idea por no interrumpir el hilo de mi diario.

Poco después de ser escritas estas cartas llegó a Moscú el conde Potocky con intención de ganar el favor de la Zarina ante la crítica situación en la que comenzaba a verse envuelta Polonia. El Duque de Liria no pierde esta ocasión para intentar hacer avanzar su empresa, consiguiendo mantener una larga conversación con el conde Potocky, durante la cual el conde habla con verdadera franqueza sobre su preocupación por la posible desaparición de Polonia. El conde Potocky confiesa estar informado de la existencia de un pacto secreto entre los reyes de Polonia, Prusia y Suecia para repartir su reino en caso de fallecer el rey Augusto. Éste sería, como sabemos en la actualidad, el destino que esperaba a Polonia, pero en aquel momento la diplomacia polaca se esforzaba en salvar una situación ya prácticamente perdida. El Duque de Liria ofrece su apoyo a la causa polaca y se muestra convencido de la viabilidad de su empresa. Sin duda las artes diplomáticas del Duque de Liria le hicieron ganarse fácilmente el favor del preocupado conde:

Ya he dicho que había llegado a Moscú el Conde Potocky, y pareciéndome que podría serme de grande utilidad su amistad para el adelantamiento de mi idea de Polonia a favor del infante D. Felipe, hice cuanto pude para ganarla, y habiéndolo logrado, tuve con él una larga conferencia el

día 24, en la cual se abrió conmigo y me hizo confianza de cuanto trataba. Su principal comisión era de empeñar a la zarina en favor de la república de Polonia para la conservación de su libertad, en caso de que sus vecinos quisiesen atentar algún día mudar el gobierno establecido en aquel reino. Al mismo tiempo tenía orden de representar a la zarina, que si enviaba los 30.000 hombres al socorro del emperador, no podían pasar por otra parte que por Polonia, y que esto no podía ser de ninguna manera: primero, porque la Polonia tenía hecho con la Rusia diferentes tratados en que estaba expresamente estipulado que en ningún caso podrían entrar tropas rusas en Polonia; y segundo, porque por el tratado que había entre Rusia y los turcos, estaba también estipulado que nunca entrarían tropas rusas en Polonia, y que si lo hacían, declararían inmediatamente los turcos la guerra a Rusia.

Aún no había hecho el conde Potocky estas insinuaciones a la zarina, pues desconfiando enteramente del conde de Osterman, quería ver primero si podía obtener de la zarina no le comunicase nada de lo que la quería decir, y habiéndome mandado S. M. zarina tratase con dicho Osterman, solo le había tocado algunos puntos indiferentes a la alianza con el emperador, como la restitución de Livonia a Polonia y los negocios de Curlandia.

Todo esto me lo dijo Potocky muy en secreto, añadiendo que sabían positivamente en Polonia que había un tratado secreto entre los reyes de Polonia, Prusia y Suecia para partir entre sí aquel reino en el caso de fallecer el rey Augusto que según dicho tratado, había de tener el rey de Suecia toda la Pomerania, que tenía el rey de Prusia, quien tomaría en lugar de ella el ducado de Lituania con toda la parte de Polonia que está entre Varsovia y Berlín, y que se daría al elector de Sajonia toda la gran Polonia. Me dijo también que todos los polacos estaban alarmados de dicha alianza, y que era uno de los principales puntos que había de tratar en Rusia; pero que tampoco quería lo supiese Osterman, pues se persuadía a que sabiéndolo él, se sabría inmediatamente en Berlín y en Dresde.

Viendo yo al conde tan alarmado de dicha triple alianza, le dije que ningún príncipe de Europa sentiría más que el rey mi amo, se intentase algo que fuese contrario a la libertad de la república de Polonia, no solo por el amor que S. M. profesaba a tan gloriosa nación, pero también por el natural genio que tenía S. M. de interesarse por la justicia; que así podía estar seguro de que nunca faltarían a los polacos los buenos oficios de S. M. para mantenerlos en la pacífica posesión de una libertad que habían conseguido y establecido tantos años había. Me respondió Potocky con las mayores expresiones de agradecimiento, diciéndome no faltaría de participar lo que le decía al primado, su tío.

Para que el conde quedase aún más persuadido de mi sinceridad, le comuniqué una idea que se me ofreció en aquel instante y que le gustó mucho. Díjele que si la república de Polonia estaba absolutamente segura de la citada triple alianza, debía por su parte procurar hacer otra para hacer inútiles los intentos de los tres reyes: que para este fin nada sería más conveniente que de hacer un tratado con los reyes de España, Francia e Inglaterra, por el cual estos tres monarcas tomasen sobre sí la garantía de la libertad de Polonia, con la circunstancia de declarar la guerra a cualquier príncipe que intentase cosa alguna contra ella: que si se concluía semejante tratado, nunca se atreverían los reyes de Suecia y Prusia y el elector de Sajonia a poner su proyecto en ejecución, por el temor de atraer contra sí todas las fuerzas de los aliados de Sevilla: que por esta idea podía conocer cuanto me interesaba en lo que tocaba a los intereses de su patria, y que me hallaría siempre dispuesto a servir la república con mis influjos con el rey, mi amo.

Celebró el conde cuanto no es decible mi idea, y después de haberme dado las más expresivas gracias, vino al punto que yo quería, y era de que me convidase a pasar por Polonia al salir de Rusia, y ver al primado, que se alegraría mucho discurrir conmigo sobre estas materias. A esto le respondí que por mi parte me alegraría también de ver a aquel prelado, y que pasaría muy gustoso por Varsovia para verle. Me volvió a rogar le hiciese este gusto, y le ofrecí hacer cuanto podía para lograrlo.

Mis motivos para hablar a Potocky en la forma que hablé fueron: 1º., para granjear la voluntad del primado, que es el primer representante de la república, y sin quien no se puede hacer nada en Polonia; 2º., porque no se empeñaba al rey en nada, pues aunque los polacos propusiesen a S. M. al citado tratado, se podía entrar en él o no, según las circunstancias; 3º., porque con aquello tenía yo un motivo para detenerme en Varsovia a solicitud del mismo

primado, quien me había de rogar me quedase, y con esto me hallaría en estado de entablar poco a poco y con maña mi idea a favor del infante Don Felipe.

De todo esto di exacta cuenta al rey y recibí una aprobación entera de mi conducta, con muchas alabanzas de mi maña, y orden de entretener la amistad de Potocky y del primado.

Con el fin de realizar esta empresa el Duque de Liria recibe órdenes del monarca español de pasar por Varsovia en el momento que saliera de Rusia al finalizar su embajada. Este momento tardó en llegar, muy a pesar de nuestro personaje, por distintos motivos. Finalmente el día 27 de Diciembre de 1730 llega a Varsovia, habiendo viajado durante 28 días según sus propias palabras sin acostarse ni desnudarse ni una sola vez. Creo que la parte del *Diario* que concierne a este viaje es digna de ser recogida en este trabajo por su curiosidad e interés. El autor describe magistralmente los pormenores de un viaje por la Polonia de aquel entonces. Las notas siguientes son, pues, las del viaje desde Moscú a Varsovia:

El día 30 de noviembre del año de 1730 partí en esлита de la corte de Moscú, a donde había residido tres años y algunos días, y fui a comer a una casa de campo distante 15 verstas de aquella capital, llamada Spaska, perteneciente al conde de Matukov, a donde me acompañaron diferentes amigos, y me quedé allí aquella noche.

El día 1º de diciembre me fue preciso enviar a Moscú por mayor número de caballos, porque mi equipaje era tan pesado, y había tan poca nieve, que no había forma de caminar más que al paso, y esta diligencia me detuvo todo aquel día. (...) A la tarde anduve seis millas y dormí en Borissac, primer lugar del Ducado de Lituania. El día 16 anduve solo siete millas en todo el día, y llegue tarde a Smolevitz. Partí temprano de allí el día 17, y caminando siete millas, llegué a las dos de la tarde a la ciudad de Miski. Desde Borisow hasta Miski es un continuo bosque, sin que se encuentre una media legua de campo. La tarde que llegué a esta ciudad hice componer mi carruaje y mandé alquilar caballos; todo lo que me detuvo hasta el día 18 a medio día, y partiendo a aquella hora, llegué a las once de la noche a Haedonof. El día 19 no pude andar más que ocho millas, aunque anduve todo el día, y llegué a las once de la noche a la ciudad de Mir. El día 20 partí al amanecer, y aunque caminé hasta media noche, sin parar más que dos horas para comer, no pude andar más que ocho millas dormí en Polonia. Había caído tanta nieve que no se podía ver el camino, de forma que me perdí en medio del día cinco o seis veces, y me fue preciso tomar guías de lugar en lugar para poder adelantar el camino sin extraviarme a cada instante.

El día 21 anduve tres millas y comí en Biala, casa del general Urbanovitz, y a la tarde anduve cuatro para llegar a la ciudad de Nomin, a donde mudé caballos. No los pude tener hasta medio día del 22, por lo que no pude andar aquella tarde más que a Selva. Los arrieros que me llevaban no quisieron pasar adelante, y en este lugar nadie tenía caballos, sino los judíos, y como era sábado, día en que aquellas gentes no quieren hacer nada, me fue preciso esperar allí todo el día hasta que se acabó su fiesta, que fue a las seis de la tarde del día 23. Partí entonces de Selva, y caminando con arrieros judíos, anduve toda la noche y llegué al amanecer a Mocibof, a donde descansaron los caballos y oí misa. Anduve después a comer a Jalofha. Último lugar de Lituania

Partí de allí a las siete de la noche y llegué a las dos de la mañana del día 25 a Narva, a donde celebró sus tres misas el padre Ribera. Este es el primer lugar de la pequeña Polonia. Después de misa fui a comer a Bibla. A la tarde anduve cinco millas y llegué a media noche a Radisk. El día 26 caminé dos leguas antes de misa, que oí en Harzemien, a donde almorcé, y caminando después otras cinco, llegué al anochecer a la ciudad de Wengrof. Partí de allí a las diez de la noche y llegué a las seis de la mañana a Stanislaof, a donde oí misa. Proseguí mi viaje a las nueve, y caminando seis millas.

Llegué a las tres de la tarde a los arrabales de Varsovia. Para entrar en la ciudad es menester pasar el río Vístula, que es muy ancho. Estaba medio helado, y el frío era tan grande, que había mucho riesgo en pararse, por razón de los monstruosos pedazos de hielo que bajaban del río. Sin embargo, me resolví a pasar solo con una maleta, y me salió bien el haber tomado esta resolución,

porque mi equipaje y mis criados no pudieron pasar hasta el día después, que lo lograron con grandísimo trabajo.

No puedo ponderar lo que padecí en aquel viaje. El frío era excesivo, y mis impacencias eran continuas de la poca diligencia que hacía; además de esto, no encontré ni una posada en que me pudiese echar, no habiendo otras en todo el camino que en casas de judíos, gente asquerosa, puerca y de la cual sale un fetor horrible. El país es bueno y se encuentra todo lo que se necesita para vivir, gracias a los judíos; pues en casa de los polacos no se encuentra nada. Estuve veintinueve días sin desnudarme, y en realidad cuando llegué a Varsovia ya había menester descanso.

Estas interesantes opiniones sobre las gentes que poblaban Polonia fueron sin duda escritas bajo el cansancio de un terrible viaje, lo que ayuda a que sean fuertemente despectivas. Mucho más agradables fueron para el Duque de Liria los días en Varsovia, que pasó alojado en uno de los palacios del rey polaco disfrutando de distintas fiestas y cenas con la nobleza del lugar. Llamaron la atención las alegres borracheras en las que el rey de Polonia y el diplomático español entablaron amistad. No quita tanto jolgorio para que el Duque de Liria mantuviera su mente en el proyecto de colocar al infante Don Felipe al mando de Polonia. Con este fin redacta una carta analizando la cuestión y los pasos a seguir para lograr tal objetivo. Esta carta se la entrega a Don Juan Bautista Venuti con órdenes de adelantarse con las noticias hacia Viena. Prefiero dejar los pormenores del asunto al testigo presencial y dar paso a sus palabras:

Luego que llegué pasé a ver al marqués de Flemy, Ministro de Estado del rey de Polonia, y siendo mi amigo antiguo, me dijo francamente que se creía en la corte que yo venía con comisiones particulares y de mucha importancia; a lo que le respondí no había tal cosa; pues había tomado mi camino por Varsovia por curiosidad para ver Polonia y hacer mi corte al rey, a cuyos pies desearía ponerme el día siguiente. Me ofreció dar cuenta de lo que se había dicho al rey, su amo y me llevo a un baile, a donde vi toda la nobleza de país.

El día siguiente, 28, vino temprano a mi casa el marqués de Fleury, y me dijo que habiendo dado cuenta al rey de mi venida, estaba S. M. con grande impaciencia de verme, y me señalaba la hora para las cuatro de la tarde; y que entre tanto, S. M. le había dado ordenes para alojarme en uno de sus palacios, y que quería estuviese servido por sus criados y equipajes. En efecto, vino inmediatamente para mi servicio el mismo coche en que el rey suele andar, con seis caballos, dos heiduques y cuatro lacayos, y me mandó S. M. servir por sus oficios.

A las cuatro de la tarde fui a la audiencia del rey, quien me hizo mil honras, diciéndome, entre otras, quería tratarme como amigo antiguo. Estuve con S. M. dos horas, y discurrimos, no solo de la situación de las cosas de Moscovia, pero también de las de Europa: y me dijo que su sistema había sido siempre inmutable; que como príncipe del imperio sería el primero a defenderle con todas sus fuerzas siempre que fuese atacado, pero que las pretensiones del rey de España, no siendo contra Italia, que no hacía parte del imperio, no quería meterse en esta guerra, y quería mantenerse totalmente neutral. Alabé mucho la prudencia de S. M., y me añadió lo podía escribir así al rey, mi amo. Después me convidó a cenar con él en el cuarto de su hija la duquesa de Holstein, y después de la cena me llevó al ridotto. Se reduce esta diversión a bailar en máscara en dos grandes salones, y en los cuartos inmediatos hay muchas mesas de juego, a la moda de Venecia, con todo género de bebidas y refrescos. Aquella noche fue la primera de ridotto, el cual se hacía tres veces en la semana, sin que faltase nunca el rey de asistir a él.

El día 29 vinieron a mi casa cuantos señores de distinción había en Varsovia, como asimismo los ministros extranjeros, y los días que no estaba convidado por el rey, me daban siempre algún festín los señores del país.

No pudiéndome servir en Alemania el carruaje que había traído de Moscovia, mandé comprar un coche para continuar mi viaje con diligencia, y aunque le hallé bastantemente, bueno, se tardó, sin embargo, doce días en componerle y poner en buen estado.

El día 31 cené otra vez, con el rey, y después de la cena fuimos al *ridotto*, a donde se detuvo S. M. hasta las doce, para recibir entonces las felicitaciones de todo el mundo con ocasión del año nuevo, a fin de evitar aquel cansancio por la mañana y luego después se retiró S. M. a dormir. El día 1º del año de 1731 comí con el rey en el cuarto de su hija, y me apretó mucho para que me quedase en su corte hasta cuaresma; pero le dije que mis órdenes eran tan apretadas, que no me atrevía a desobedecerlas, y que así, suplicaba a S. M. me permitiese partir luego que estuviese pronto mi carruaje.

Me replicó S. M. que me vería partir con gran sentimiento, pero que no quería impedirme de obedecer las reales órdenes del rey, mi amo.

El día 2 y 4, que lo eran de *ridotto*, cenó con el rey, cuyas honras no puedo ponderar, y el día 5, que era vigilia de Reyes, me mandó cenar de nuevo con él para la función de sacar rey. Cayó la suerte sobre mí, y me mandó distribuir los empleos de mi reino, lo que ejecuté, dando a S. M. el de generalísimo de mis tropas. Estuvimos muy alegres, y después de la cena se sentó el rey conmigo por más de dos horas en un rincón, donde trincamos mano a mano: y me juró S. M. una amistad eterna, como si fuéramos de una misma esfera.

En medio de las diversiones no dejé de informarme del sistema de las cosas de Polonia, y habiendo podido penetrar más o menos en qué consistía, resolví despachar a la corte al caballero Don Juan Bautista Venuti, por mayor seguridad de mis pliegos, y lo ejecuté el día 11, enviando al mismo tiempo con él las credenciales que me había dado la zarina. El despacho tocante a las cosas de Polonia era del tenor siguiente:

Excmo. Sr.-Señor mío: Luego que llegué aquí, procuré informarme bien del sistema de esta corte y país para poder poner en la real noticia del rey lo que hay que hacer para entablar y seguir la idea a favor del señor infante Don Felipe.

Ya tengo informado tiempo ha a S.M., que la mira del rey de Polonia es de que se ponga en este trono, después de sus días, a su hijo el príncipe real de Sajonia. El rey de Francia tiene todo su empeño a favor del rey Estanislao. La zarina y el rey de Prusia desean un señor natural de Polonia. El emperador quisiera al infante de Portugal, y está trabajando para unir consigo a la zarina y al rey de Prusia. Pero no temo las intrigas de esta triple alianza, pues como es a fuerza de dinero que se ha de lograr una elección en Polonia, no darán nunca el suficiente aquellas tres potencias para alcanzar su deseo.

Entre los polacos hay algunos que aspiran al trono. Uno de los principales es el príncipe Wiesnowiesky, de la misma casa que el rey Miguel y gran canciller de Lituania. Es un señor muy rico y de gran crédito, pero viejo y achacoso, y que, según las apariencias, no vivirá tanto como el rey de Polonia.

El conde Potocky, palatino de Kiev, aspira también al trono, pero tiene la misma circunstancia de adelantada edad que el antecedente: es hermano del primado, por lo cual es menester andar con gran tiento con este prelado.

No me parece que haya otro pretendiente polaco declarado que aquellos dos, y hay poco que temer de ellos, no solo por su avanzada edad, sino también porque las diferentes parcialidades de intereses de familia harán muy dificultosa su elección.

Hay muy pocos señores aquí al presente, hallándose casi todos en sus lugares, a donde se detendrán hasta el tiempo de las conferencias con los ministros extranjeros, de forma que no he visto ni al primado ni al gran canciller, ni a la mayor parte de los magnates; pero en todas las ocasiones que se han ofrecido con los que he visto, he exagerado siempre el grande amor que el rey, nuestro señor, tiene a Polonia y cuanto Su Majestad se interesa a la conservación de su libertad.

Es verdad que aunque hubiese estado aquí el primado, no le hubiera tocado nada de nuestra idea, por la ya citada razón de la ambición de su hermano, y soy de opinión que al presente no es menester hablar palabra del señor Don Felipe, sino tener aquí alguno que continuamente exagere el grande amor del rey, nuestro señor, para la República de Polonia, y que granjee las voluntades a favor de su real casa de S. M., y que de tiempo en tiempo publique las admirables prendas del señor infante delante de los que no han tornado abiertamente partido. Cuando llegue el caso de fallecer el rey de Polonia, entonces es menester enviar con toda diligencia un embajador extraordinario a la república con un millón de pesos efectivos, con los cuales espero se podría lograr el intento, y no dudo que con certeza se alcanzaría, si entre tanto se podía destacar al rey de

Francia de su empeño a favor del rey Estanislao, y persuadir a éste se contentase con una considerable pensión (como ya he escrito a V. E. mucho tiempo ha).

Para hacer las insinuaciones que propongo, es menester tener aquí un emisario que; no solo ejecute lo que se mandare, pero que también avise individualmente de cuanto pase en este reino. Para esto he pensado en un sujeto que se halla aquí, práctico del país, conocido de todos, de suma capacidad, y que costaría poco al rey. Se llama el Padre Francisco Arcelli; es religioso teatino, y ha sido últimamente superior de su convento. Éste es el mismo que estuvo empleado por el señor duque difunto de Parma en la corte de Moscovia para concluir el matrimonio del señor infante Don Carlos con la hija menor del zar Pedro I, la que murió en tiempo que la negociación estaba muy adelantada. Es de nación pamesano y celosísimo del real servicio. Con 400 doblones al año que se dé a este religioso, podrá servir muy bien para el fin que propongo, y su carácter, juntamente con hacer tanto tiempo que esta aquí, son unas circunstancias que le hacen menos sospechoso que si se enviara uno directamente. No habla el español, pero no falta en nuestra corte quien pueda tener con él la correspondencia italiana, y aún yo la podría tener, si S. M. me juzgara digno de ello.

Si S. M. se digna aprobar lo que prepongo y fiarse del conocimiento que tengo de esta corte y de sus intereses, formaré una instrucción para este religioso, de la forma en que deberá gobernarse en caso de encargarle S. M. esta negociación. Esto es cuanto se me ofrece sobre esta materia, y repitiéndome a la disposición de V. E., ruego a Dios guarde a V. E. muchos años como deseo. Varsovia 11 de enero de 1731.

El mismo día que despaché mi correo tuvo audiencia del rey de Polonia un enviado del jan de los tártaros, que había sido nuevamente puesto en aquella dignidad por el nuevo sultán de los tártaros. Yo estuve junto al rey, y no perdí palabra de cuanto dijo el tártaro. Empezó su oración con notificar al rey de Polonia el advenimiento de su amo a la soberanía, y asegurando a S. M. polonesa de su sincera y perpetua amistad, a lo que mandó el rey se respondiese que se alegraría de mantener con el jan una estrecha correspondencia. Luego dijo el enviado que su amo daba las más rendidas gracias a Su Majestad polonesa por la protección y amparo que había concedido en sus reinos a los tártaros que se habían refugiado a ellos con motivo de la persecución que padecían por él.

Pasó después al tercer punto de su comisión, y dijo las siguientes formales palabras.-«Mi amo me mandó preguntar a V. M. si es verdad que ha de pasar un ejército moscovita por sus dominios para ir a servir al emperador, y en caso que sea verdad, si tienen el beneplácito de V. M. y de la república para el pasaje, pues no ignora V. M. que está estipulado en los tratados entre Rusia y la Puerta que no han de poner las tropas moscovitas los pies en Polonia debajo de cualquier pretexto que sea.» Se le respondió que sobre este punto podía hablar con los ministros nombrados para oírle y tratar con él.

Por esta curiosidad de los turcos se podía reconocer que aquellos infieles no mirarán con ojos indiferentes la marcha de los 30.000 moscovitas, y se podía inferir por cierto que si marcharan, declararía inmediatamente la Puerta Otomana la guerra a la zarina, cuyo ministerio no dejó de quedar sorprendido cuando estuvo informado de lo que había pasado en la audiencia que he referido, y para este efecto envié una relación exacta de ella a Moscovia al secretario del rey, Don Juan Cascos Villa de Moros.

La noche del mismo día 11 cené con el rey, y habiéndome dicho S. M. había un gabinete con los retratos de todos los reyes contemporáneos suyos, pero que le faltaba el del rey, nuestro señor, le regalé inmediatamente uno admirable que tenía, como asimismo el de la reina y los de toda la real familia.

El día 14, estando cenando con S. M., me hizo ver una sortija en que estaba su retrato, y por vidrio encima un diamante; me preguntó si era parecido, y habiéndole dicho que sí, me mandó guardarle como memoria de S. M., a cuya galantería correspondí con las más expresivas gracias.

El día siguiente 15, cené por la última vez con el rey de Polonia, y habiéndome retirado después de la cena, mandó en secreto a su hija me hiciese jugar a tres sietes hasta el amanecer. Así se ejecutó, y a las seis de la mañana entró el rey, y me dijo había madrugado para despedirse de mí y augurarme un feliz viaje. Me despedí de S. M., quien se retiró, y me fui a mi casa creyendo hallar mi equipaje pronto; pero se había dado orden en la posta de no darme caballos hasta la noche; con esto comí y cené aquel día con la duquesa de Holstein, y habiéndola

acompañado al ridotto, salí del baile sin decir nada a nadie, y habiendo hallado todo pronto en mi casa, partí de Varsovia a las once de la noche.

De este modo pasó el Duque de Liria los primeros días del año 1730, celebrando el nuevo año y demás fiestas al amparo del rey polaco. Tras su partida de Varsovia le esperaba otro duro viaje lleno de dificultades y desgracias. A la suciedad de las ventas y al penoso estado de los caminos se les une ahora el peligro de los osos. Un incidente con uno de éstos acaba con la vida del caballero Don Juan Bautista Venuti. A pesar de sus buenas relaciones con el rey polaco y el recelo empleado en conseguir el trono polaco para el infante Don Felipe, la empresa, como sabemos, no tendrá ningún éxito. Posteriormente, el Duque de Liria fue enviado a Nápoles, donde murió unos años después y debido a su deteriorada salud. Como últimas notas presentes en este trabajo se incluye parte del *Diario* que recoge el viaje de Varsovia a Viena. Con este último viaje damos terminado el paso por Polonia del Duque de Liria.

Caminé sin parar hasta las once de la mañana del día 17, y anduve trece millas para comer en Kava, de donde partí a la una. Se rompieron tantas veces mis carruajes, que no pude andar más que diez y siete millas en las veinte y cuatro horas siguientes para llegar a Vitawa, a donde comí el día 18. Las mismas desgracias me sucedieron en las veinticuatro siguientes, de forma que no pude andar más que catorce millas, y llegué a las once del día 19 a Wartemberg, primera ciudad de Silesia. Hallé una tan grande cantidad de nieve en Silesia, que no me era posible caminar más que al paso. En Polonia encontraba de noche a cada paso unos osos horribles que se paseaban a tiro de pistola de mi coche, pero sin hacer daño alguno. Las últimas ocho millas que me faltaban para llegar a Breslavia, capital de Silesia, las anduve aquella tarde, y llegué a dicha ciudad a las nueve de la noche.

Allí encontré medio muerto al caballero D. Juan Bautista Venuti, a quien (como ya he dicho) había despachado desde Varsovia el día 11. A la segunda noche había encontrado un oso, del cual se espantaron los caballos de su carro, que se dispararon, y habiendo volcado, cayó D. Juan sobre un tronco de árbol, que le hundió dos costillas. En llegando a Breslavia arrojó mucha sangre y materia, y no pudo pasar adelante. Yo le encomendé a un buen médico, y a dos conocidos que tenía allí, y le dejé 150 húngaros para curarse; recogí mis pliegos con intención de despacharlos desde Viena, y dejé con harto sentimiento mío al pobre Venuti en Breslavia. Después de mi partida creció su mal de tal forma, que viendo los médicos que no había remedio, le mandaron administrar todos los sacramentos, y murió el día 17, sumamente resignado a la voluntad de Dios. Sentí su muerte en el alma, así por lo desgraciadamente que sucedió, como porque el difunto tenía muy buenas prendas.

Partí de Breslavia el día 20 a las once de la mañana, y lo más que pude andar hasta mediodía del día 21: fueron diecisiete millas, y comí en Nieustardt. Proseguí mi viaje después de comer; anduve sin parar hasta Stemberg, primer lugar de Moravia, a donde llegué a las diez de la mañana del día 22, habiendo encontrado unos caminos pésimos, así de montañas como de hielos y nieve, de forma que mi coche se atascó más de veinte veces en la nieve, y cada vez era menester salir con un frío que no le he padecido mayor en Moscovia. Proseguí en caminar toda la tarde y la noche, y con esto pude llegar a las once de la mañana del día 23 a Nielaesbourg a donde comí. A la tarde anduve las diez millas que me faltaban para llegar a Viena, a donde entré a las ocho de aquella noche.

Quedan recogidas de este modo la mayor parte de las anotaciones que el Duque de Liria dejó en su *Diario* sobre Polonia. Sin duda, éstas fueron de gran valor para España ya que explicaban con detalle la situación que se vivía en este país y

anunciaban de algún modo la etapa de fuerte inestabilidad que le esperaba a esta lejana nación.

Las notas recogen el testimonio de un viajero culto que tiene la oportunidad de convivir tanto con el rey polaco como con sus ministros. El Duque de Liria sabe ver los entresijos de la corte y desenmaraña el complicado conflicto de poderes e intereses reinante tanto en dicha corte como en la Europa del momento. No sólo constituyen un interesante tratado político sino que dejan constancia de la forma en que se llevaban a cabo los asuntos de Estado entre las distintas potencias europeas. Las descripciones de las recepciones, la concesión de la Orden de Polonia al Zar y las propias cartas entre los monarcas nos transportan al s. XVIII, mostrando claramente la realidad que el Duque de Liria tuvo la oportunidad de contemplar con sus propios ojos. No se limita la narración a la vida política, al protocolo de la corte, ni a las fiestas y borracheras con el monarca; el Duque de Liria pone en tinta todas sus impresiones, dejando constancia de los caminos, de las gentes que encuentra en los distintos pueblos y de los peligros e inconvenientes que encontraba un viajero en una ruta tan arriesgada como fue la suya. Estas notas son por lo tanto un claro testimonio de una época, vista bajo los ojos y el análisis de un ilustre enviado español.

### Referencias bibliográficas

- ERMOLAEV, A. A. (1999): "Podrobnее o žizni Liria v Peterburge", *Materialy 10-j meždunarodnoj konferencii molodyx učěnyx*, 22-28.
- KURUKIN, I. V. (2003): *Epoxa "dvorskix bur"'. Očerki političeskoj istorii poslepetrovskoj Rossii, 1725-1762 gg.*, Rjazan'.
- MARQUÉS DE LA FUENSANTA DEL VALLE (1889): *Diario del viaje a Moscovia del duque de Liria y Xérica*. Documentos inéditos para la historia de España, T. 93, Madrid.
- SEMÉNOVA, L. N. (1998): *Byt i naselenie Sankt-Peterburga (XVIII vek)*, Sankt-Peterburg.